

EL MÁS GRANDE

UNA PUERTA
QUE NUNCA ENCONTRÉ

THOMAS WOLFE

Traducción de
Juan Sebastián Cárdenas
Periférica. Cáceres, 2012
101 páginas, 15,50 euros
★★★★



La vida del norteamericano Thomas Wolfe (Asheville, Carolina del Norte, 1900-Baltimore, Maryland, 1938), muerto con apenas treinta y siete años, fue demasiado breve para dejar toda la constancia que hubiera merecido su intensa, atormentada e impresionante sinfonía inacabada. Su talento singular y su tentativa desesperada por hallar siempre una realidad perdida estaban hechos para alimentarse de incandescentes y renovados lectores. Considerado uno de los máximos narradores americanos del pasado siglo, su legado sería mantenido sin interrupción a lo largo del tiempo por escritores como Kerouac, Kosinski, Bradbury, Philip Roth o Paul Auster, y por filósofos como el francés Gilles Deleuze.

Alma sureña

Su prosa quedó repartida entre cuatro novelas –*Look Homeward, Angel* (El ángel que nos mira, Valdemar, 2009), *Of Time and the River*, *The Web and the Rock* y *You Can't Go Home Again*–, distintas recopilaciones de cuentos, varias *nouvelles* (El niño perdido y *Una puerta que nunca encontré*, ambas en Periférica), obras de teatro y unos cuantos ensayos, aparecidos todos ellos en los años 20 y 30 del pasado siglo.

La obra de Wolfe gira entre el desgarrar y la nostalgia; entre la sensualidad y una exasperada y vehemente imaginación; entre el lirismo exaltado y la torturada

densidad de su alma sureña; entre el exilio permanente y el desarraigo o unión imposible a una tierra aparentemente infinita, la americana, que cantaron los grandes bardos del país, desde Thoreau al mismo Kerouac, que se inspiró en él para su *On the Road*. Así lo expresaría el mismo Wolfe en el emocionante monumento a la ausencia y a lo apenas germinado, ese canto fúnebre por su hermano, muerto a los 12 años, que es *El niño perdido*: «Ese hombre, apenas un átomo sin nombre, un átomo perdido en el vacío, una cifra irrisoria y llena de



polvo que gira alrededor de un tiempo incontable [...], ese hombre solo siente la ausencia y toda la desolación de América, una país demasiado grande para ser un país».

Todo lo perdido

Conscientes de estar ante uno de los más grandes de su tiempo, sus contemporáneos no ahorraron alabanzas hacia esta literatura dolorosamente elegíaca, hacia sus martilleantes y febriles monólogos interiores, que adquirían muchas veces el tono de un salmo o una oración exasperada en memoria de lo perdido («así, pensando, sintiendo, hablando conmigo mismo y con todo lo perdido: mi hermano, mi padre», escribe en *Una puerta que nunca encontré*).

Sinclair Lewis lo citó en su discurso de recepción del Premio Nobel en 1930 y William Faulkner, que lo calificó como «el mejor escritor» de su generación, por encima de otros como Hemingway, Dos Passos o Steinbeck, dijo: «Siempre he situado a mis contemporáneos y a mí mismo no según nuestros logros, sino según el esplendor de nuestro fracaso. Ahí, tendría que situar a Thomas Wolfe a la cabeza, no en razón de lo que logró, sino porque fue quien más se

atrevió. Intentó lo más difícil para decir lo máximo».

Después de sus estudios en Carolina del Sur, y de obtener más tarde un diploma de escritura teatral en Harvard, Wolfe comenzó en 1924 a enseñar en la Universidad de

Nueva York, a la vez que viajaba a través de América y de Europa. En 1929, poco antes de la bancarrota que sacudiría su país, publicó su primera obra, *Look Homeward, Angel*, todo un clásico de la literatura americana del pasado

Wolfe (a la derecha) nació en Asheville, Carolina del Norte, y murió a los 37 años. Arriba, su casa-museo

siglo. Crónica de aprendizaje e iniciación, el libro, de clara raíz autobiográfica –como el resto de su obra–, es un flujo continuado de conciencia, con idas y vueltas incesantes a través de su pasado. Fue rechazado en varias editoriales antes de ser aceptado y causó un considerable escándalo, ya que retrataba su provinciana ciudad de Asheville, en la que había nacido, a través de unos 200 personajes apenas disfracados y retocados.

En 1931, dedicado ya en exclusiva a la escritura, se instala en Brooklyn. Vive en un modesto apartamento en «un astroso callejón, rodeado de armenios, españoles, irlandeses»: así comienza su magnífica obra *Una puerta que nunca encontré* (1933). Este ruidoso e indómito universo, de «brutal agitación» en su caos de casuchas, patios de vecindad, chabolas, muelles sucios y una «inenarrable fealdad», encierra una oscura belleza que un esnob con un lujoso ático cerca del East River que le acaba

de invitar a cenar dice «enviar».

Relato sobre alguien que se ha marchado y al que solo le ha sido posible toparse con puertas cerradas o que ni siquiera ha sabido visualizar, el protagonista emprende un viaje a través del «viejo misterio inextricable del tiempo», simbolizado aquí, fragmentariamente, en el paso de las estaciones y de algunos años (1931, 1923, 1926, 1928) y en experiencias vitales que le marcaron de forma especial.

Cita con el padre

Es un himno estremecedor de nuevo construido en torno a la soledad de la errancia y a las citas fallidas con el pasado; una de ellas, quizá la más importante, encarna la ruptura de la unidad: la de «la vida que un día conocimos y que se había perdido para siempre».

La cita es con su padre, ese padre trabajador de la piedra, de ideas excéntricas e idealistas, que tallaba lápidas: una premonición para la existencia de todos, marcados por la muerte y las desapariciones tempranas, por los vacíos profundos e irreversible: «Supe que cada hombre que ha vivido sobre la faz de la tierra ha buscado y busca a su padre, que nunca pierde la esperanza y siente que algún día verá de nuevo su rostro».

MERCEDES MONMANY

